



Una promesa de amor

## Recordar el futuro

Germán Briceño Colmenares\*

En nuestro efímero paso  
por el regalo de la vida,  
y especialmente en los  
momentos en los que la Iglesia  
nos invita a contemplar la vida  
de Jesús, nada resulta más  
alentador que adentrarnos  
en el dulce recuerdo de su  
infinito amor a lo largo de  
nuestro caminar, y en el futuro  
que ha prometido a aquellos  
que son fieles al más grande  
de sus mandamientos

Un buen amigo me contaba hace unos días la siguiente historia. El padre de otro amigo suyo había resuelto irse a España a pasar las fiestas con sus hijos. Hizo los preparativos y tomó el vuelo con destino a Madrid. En pleno vuelo, desconozco si por alguna indisposición o por mera necesidad, decidió hacer uso del baño del avión poco antes de aterrizar. Sería lo último que haría en vida, pues allí lo alcanzó súbitamente la muerte. Los familiares que lo esperaban en el aeropuerto, en lugar del feliz encuentro con su pariente, recibieron una sorpresiva e insólita llamada de la Guardia Civil dando cuenta del fatal desenlace.

La historia hubiera terminado allí, como otra de esas muertes repentinas que a todos nos ha tocado sobrellevar en carne propia alguna vez, tal y como lo describe aquel magistral párrafo inicial del *Retrato de un hombre invisible* en el que Paul Auster narra la muerte de su padre:

*Un día hay vida. Por ejemplo, un hombre de excelente salud, ni sique-*

*ra viejo, sin ninguna enfermedad previa. Todo es como era, como será siempre. Pasa un día y otro, ocupándose sólo de sus asuntos y soñando con la vida que le queda por delante. Y entonces, de repente, aparece la muerte. El hombre deja escapar un pequeño suspiro, se desploma en un sillón y muere. Sucede de una forma tan repentina que no hay lugar para la reflexión; la mente no tiene tiempo de encontrar una palabra de consuelo. No nos queda otra cosa, la irreductible certeza de nuestra mortalidad. Podemos aceptar con resignación la muerte que sobreviene después de una larga enfermedad, e incluso la accidental podemos achacarla al destino; pero cuando un hombre muere sin causa aparente, cuando un hombre muere simplemente porque es un hombre, nos acerca tanto a la frontera invisible entre la vida y la muerte que no sabemos de qué lado nos encontramos. La vida se convierte en muerte, y es como si la muerte hubiese sido dueña de la vida durante toda su existencia. Muerte sin previo aviso, o sea, la vida que se detiene. Y puede detenerse en cualquier momento.*

El hecho es que a mi amigo aquella muerte sin previo aviso lo afectó mucho y, como me comentaba algunos días después, lo puso a reflexionar sobre el carácter efímero y pasajero de nuestra vida, y sobre la importancia de cultivar los valores espirituales de nuestra fe, como único viático que nos prepara adecuadamente para el viaje definitivo. Sus palabras trajeron a mi memoria lo que le había escuchado decir a un sacerdote algunos días atrás a propósito del Adviento. Decía aquel buen franciscano cuyo nombre ignoro, tan dotados tantos de ellos con el carisma de la predicación, que la Iglesia, al mismo tiempo que nos invita a prepararnos para conmemorar el nacimiento del hijo de Dios en la plenitud de los tiempos, nos hace reflexionar en estos días sobre los *Novísimos* y sobre el fin de los tiempos: el nuestro y el de todos los hombres.

Lo que en principio luce como una curiosa paradoja, deja de serlo



RYANLANE / GETTY IMAGES

por poco que pensemos en ello. Ese fulgor de la estrella de Belén, de algún modo misterioso y sobrenatural, ilumina al mismo tiempo el pasado y el futuro. La luz que brilló en Belén y que les sirvió a los magos del oriente para encontrar el camino, es la misma luz cuyo resplandor viene a iluminar nuestras ansias de eternidad, señalándonos el camino hacia un destino imperecedero. O, como bellamente lo dijera monseñor Ronald Knox citado por el prolífico padre Fernández Carvajal:

[...] la estrella de Belén se asemeja a un caminante nocturno que avista una luz en la lejanía que representa de alguna forma el hogar. ¡Qué difícil resulta apreciar en plena oscuridad las distancias! Lo mismo puede haber un par de kilómetros hasta el lugar de nuestro destino, que unos pocos cientos de metros, pero podemos abrigar la certeza de alcanzarlo si mantenemos el paso y no nos desviamos del camino.

San Pablo, sintiéndose superado por la enormidad de Dios, exclamaba con pasmo a los romanos: “¡Oh profundidad de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Qué incomprensibles son sus juicios y qué inescrutables sus caminos!” (Rm 11,33-34). A propósito de sucesos inescrutables, a todos nos habrá ocurrido que, pensando en las cosas

de Dios, después de media vida sin poder ver alguna cosa o viéndola de una manera velada y parcial, de repente se nos revela en todo su esplendor y plenitud, desde una perspectiva nueva que nunca habíamos contemplado. Algo así me ha sucedido con las palabras de aquel buen franciscano cuando decía que el Adviento debe servirnos también para hacer memoria del futuro.

El paso histórico de Jesús por la tierra es por supuesto un hecho de importancia capital, por todo lo que significa la grandeza de la Encarnación, la Revelación y la Redención, cuyas consecuencias se extienden a todos los tiempos y a todos los hombres, desde antes de la creación hasta la eternidad. Pero todo eso no sería más que un bonito episodio de la historia si se tratara de un hombre más, que nació y murió como cualquier otro y ahora solo vive en el recuerdo. Sabemos, sin embargo, que este hombre era mucho más que eso. Era el hijo único de Dios, que nació y padeció por nosotros, pero que después resucitó abriéndonos el camino de la eternidad. Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra fe, diría San Pablo en una de sus frases más poderosas y significativas.

De manera que esta espera en la que nos encontramos durante el Adviento, es mucho más que recordar algo que pasó en Belén hace más de dos milenios. Esperar es no pocas veces casi lo mismo que recordar,



es tanto un ejercicio de paciencia, como un ejercicio de memoria o de imaginación, pues, la memoria, en feliz expresión del doctor Oliver Sacks, no es otra cosa que el archivo de la imaginación. Todos nos habremos dado cuenta de que, en la espera, estamos constantemente evocando aquello que esperamos, en eso consiste el tiempo de la espera.

Como lo han enunciado a lo largo de la historia los autores espirituales, la Encarnación y la Redención son una nueva creación. El árbol de la muerte se convierte en árbol de vida: la Cruz. La redención es un bien inconmensurable que nunca llegaremos a comprender del todo en esta vida, pero su sentido apunta a la eternidad, pues supone que el hombre, por la gracia de Dios, ha visto abrirse de nuevo y para siempre ante sí las puertas de la vida eterna.

Y aquí es donde la prédica del franciscano cobró pleno sentido para mí: recordar la Encarnación y la Redención, que ya han ocurrido en nuestro mundo temporal, debería invitarnos a pensar con renovada esperanza en la vida eterna, que está por venir. "No temamos morir, pues Cristo murió por nosotros; muramos con la esperanza de la vida eterna, pues Cristo resucitó para que resucitemos", diría San Agustín.

El Santo Cura de Ars, cuyas dotes para la confesión eran legendarias,

decía algo que siempre me ha llamado la atención:

[...] el buen Dios lo sabe todo, antes incluso de que se lo confieses, sabe ya que pecarás de nuevo y, sin embargo, te perdona. ¡Qué grande es el amor de nuestro Dios que le lleva incluso a olvidar voluntariamente el futuro con tal de perdonarnos!

El hecho de que Dios sea capaz de olvidar el futuro para perdonarnos, se me antoja como una invitación para que nosotros pensemos en el futuro con esperanza.

Termino esta digresión decembrina un poco dispersa, que a lo sumo aspira a ser una colcha de retazos con motivos navideños, con unas palabras que le escuché al papa Francisco. Hablaba el santo padre del sentido de la palabra recordar que, como expresaría Laín Entralgo, es, según su etimología, "traer algo de nuevo al corazón", y antiguamente significaba 'despertar'.

Es pues esta espera y esta conmemoración del nacimiento de Jesús un momento propicio para despertar, para volver a pasar por la memoria del corazón el misterio de la Encarnación y el nacimiento del hijo de Dios con un espíritu de remembranza agradecida, pero sobre todo con una perspectiva de porve-

nir bienaventurado, de manera que es también momento de volver a fijar con ojos de esperanza nuestra mirada en la meta gloriosa que nos espera al final del camino.

Los hombres estamos siempre de alguna manera, en este tránsito terrenal, debatiéndonos entre el recuerdo y la esperanza: el recuerdo de lo que hemos hecho, aciertos y errores, pero también de lo que Dios ya ha hecho por nosotros: salvarnos y perdonarnos; y la esperanza de lo que todavía, no importa la edad que tengamos, tenemos pendiente por hacer y de lo mucho que Dios todopoderoso y misericordioso puede hacer por nosotros. Cuando, a lo largo de estas Fiestas, contemplemos una vez más el Nacimiento pasmados ante el prodigio de la Encarnación y pensemos en el año que se avecina, no podremos dejar de recordar, llenos de gozo y esperanza, el futuro que Dios tiene reservado a los que aman.

---

\*Abogado y escritor.